

El largo viaje de un ejército hacia la noche... La Experiencia Chilena

Víctor González Selanio

Víctor González Selanio: Cientista político chileno. Doctorado en la Universidad de Perugia, Italia. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile (Valparaíso) hasta 1973.

El objeto de este trabajo es el de analizar la evolución, ideología y lugar que ocupa un ejército, en particular el chileno, tratando de definir los criterios que las diversas tendencias han adoptado para interpretar los momentos más sobresalientes de estas instituciones armadas. El autor se refiere a las tendencias: sociodescriptivas (aquella que describe las fuerzas armadas latinoamericanas y estudia los factores histórico-sociales que han determinado su desarrollo); la hagiográfica (que exalta el rol de las FFAA en la sociedad, considerándolas como la expresión más genuina de los valores nacionales) y la crítico-salvacionista (que critica los aspectos más cruentos y regresivos de las fuerzas armadas e intenta recuperar los valores históricos y progresistas de esas mismas instituciones). El autor concluye afirmando que en el caso de Chile, un país que aún busca su verdadera independencia, es necesario un compromiso entre las posiciones hagiográfica y crítico-salvacionista, como la única vía para salir de la oscura noche en que vive actualmente la sociedad chilena.

La bibliografía sobre la evolución, la ideología y el lugar que ocupan las fuerzas armadas latinoamericanas en sus respectivos países ha tenido, a partir de los años de la Segunda Guerra Mundial, un desarrollo bastante rápido. En líneas muy generales, las diversas corrientes de pensamiento que han tratado de interpretar esa evolución se pueden encauzar en tres grandes tendencias. En primer lugar, y en cierto modo como continuación y evolución de la historiografía liberal del siglo pasado, se ha desarrollado una tendencia que podríamos llamar **sociodescriptiva**. En todo caso, esta posición no se ha limitado a una simple descripción del

fenómeno "fuerzas armadas latinoamericanas", sino ha procurado penetrar en los factores histórico-sociales que han determinado su desarrollo. La técnica de análisis, utilizada especialmente por cientistas sociales norteamericanos, europeos y por algunos latinoamericanos, reconoce un precedente metodológico en la conocida obra "El crisantemo y la espada", escrita por la antropóloga norteamericana Ruth Benedict sobre la sociedad japonesa de antes de la guerra.

En segundo lugar, e igualmente como continuación de la historiografía del siglo pasado, en este caso de aquélla que podríamos llamar tradicional, existe una posición que puede ser considerada como **hagiográfica**. Como es lógico, esta tendencia coloca a las fuerzas armadas en un lugar particularmente destacado en la sociedad y en la historia de sus respectivos países. Considera a las instituciones castrenses como la expresión más auténtica de los valores nacionales y al mismo tiempo salvaguardia de la intangibilidad de esos valores en el tiempo. Naturalmente ésta es la teoría oficial y la más difundida a través de los manuales de historia en uso en las escuelas de casi todos los países latinoamericanos. Es también, en general, la imagen que las propias fuerzas armadas suelen tener de sí mismas.

En tercer lugar, existe una tendencia que ha cobrado particular importancia y desarrollo en los últimos años, especialmente después del golpe de Estado de los militares brasileños en 1964. Es una posición que podríamos llamar **crítico-salvacionista**, en cuanto combina elementos aparentemente contradictorios, particularmente de crítica a los aspectos más cruentos y represivos de la acción de las fuerzas armadas, con esfuerzos por recuperar los valores históricos progresistas de esas mismas instituciones. También esta escuela de pensamiento reconoce precedentes en la literatura histórico-política latinoamericana. Pero cabe señalar que antes de 1964 esta tendencia se había preocupado fundamentalmente de dos aspectos de la problemática militar: la figura y el papel jugados por los caudillos militares en la historia de América Latina y la influencia de modelos e ideologías extranjeras de seguridad nacional en la doctrina de las fuerzas armadas latinoamericanas.

La evolución reciente de esta tendencia ha coincidido con el surgimiento de los llamados "golpes institucionales", en los cuales las fuerzas armadas han intervenido unitaria y drásticamente para detener procesos sociales que en la mayor parte de los casos eran de renovación o de liberación nacional. En estos golpes la figura del clásico caudillo militar de antaño tiende a desaparecer, para ser sustituida por la autoridad más o menos colegial de los altos mandos. Esta posición ha adquirido caracteres salvacionistas por el hecho de reivindicar el papel revolucionario que las fuerzas armadas han jugado en algunos períodos de la historia de América Latina, especialmente durante las guerras de la independencia. Y es aún más salvacionista si se considera que, teniendo en cuenta que América Latina está lejos de haber conquistado su plena independencia política y económica, las fuerzas armadas podrían nuevamente volver a jugar un rol de liberación nacional.

Naturalmente el autor de estas líneas no tiene la pretensión de colocarse por encima de las tendencias anteriormente señaladas, ni menos aún la de pretender crear una nueva. El objeto de este trabajo es el de analizar la evolución de un ejército en particular, el chileno, tratando de individualizar los criterios que las diversas tendencias han adoptado para interpretar los momentos salientes de la historia de ese Cuerpo armado.

EVOLUCION DEL EJERCITO CHILENO

El primer problema que se presenta en relación a la evolución del ejército chileno es el relativo al nacimiento oficial de esa institución. Al respecto, la posición tradicional o hagiográfica ha experimentado en estos últimos años una curiosa evolución (o más bien dicho involución). Hasta no hace muchos años los textos oficiales de historia sostenían que el nacimiento del ejército de Chile había tenido lugar durante las guerras de la independencia de España. Actualmente se sostiene, en cambio, que el origen del ejército se remonta a la Real Cédula de Felipe III, emitida en 1603, con la cual se creaba el ejército permanente del Reino de Chile, para hacer frente a la guerra de Arauco y a las eventuales invasiones de corsarios y piratas.

La realidad es que la tesis tradicional, por lo demás difundida en muchos países de América Latina, que vinculaba el origen del ejército a las guerras de la independencia, dándole por lo tanto un carácter revolucionario, creaba cierto embarazo a la nueva historiografía oficial chilena. Veamos por qué.

El ejército de la Patria Vieja, 1810-1814, era un cuerpo armado que se diferenciaba muy poco del ejército del Reino de Chile. Era en realidad su continuación natural, con el agregado de sólo algunas nuevas unidades. Su adversario, el ejército realista, vencedor en esa fase de las luchas por la independencia, era igualmente un ejército "chileno", por lo menos en lo que se refiere a la composición humana de sus fuerzas. Sólo una de las tres divisiones realistas que combatieron en la batalla, de Raneagua, que selló la victoria de ese bando en la primera etapa de la lucha, era formada por tropas españolas o limeñas. Las otras dos estaban constituidas por milicias previamente existentes en Chile o reclutadas expresamente en esa ocasión. En la segunda fase de la guerra, el ejército realista siguió siendo predominantemente "chileno". En cambio, el ejército libertador organizado y dirigido por José de San Martín en Mendoza, que atravesó los Andes y conquistó la independencia para Chile, estaba formado mayoritariamente por tropas argentinas. Ese ejército contaba con muchos y capaces oficiales argentinos y europeos, especialmente ingleses, franceses e italianos. Su composición y estructura eran, por lo tanto, internacionalistas, como lo fueron igualmente los ejércitos de Bolívar y de Sucre que consolidaron la independencia de América.

Si bien estos aspectos de la realidad histórica pueden crear cierto embarazo a las posiciones más tradicionalistas, son en cambio elementos que la posición crítico-

salvacionista destaca con particular interés. Conceptos como "internacionalismo", "guerras de liberación", "antiimperialismo", etc., sospechosamente actuales e incluso subversivos para unos, cobran para otros un valor de rescate de tradiciones castrenses que los acontecimientos recientes de la historia militar de América Latina parecían haber dejado olvidados. Algunos sectores "revisionistas" de la historiografía tradicional han tratado de dar a las guerras de la independencia una nueva dimensión, que en parte resuelve el problema de la continuidad entre los ejércitos del período colonial y los del período republicano. Las guerras de la independencia no serían otra cosa que una larga y dilatada "guerra civil". En esa contienda no se habrían enfrentado pueblos, sino intereses e ideologías. La influencia que este tipo de planteamientos ha tenido de parte de la historiografía española posterior a la guerra civil de 1936-1939, es demasiado evidente para que necesite mayores comentarios.

En algunos estudios actualmente en desarrollo, que podríamos adscribir a la tendencia sociodescriptiva, se busca en el período de la historia de España que inicia en 1808 la explicación que permita esclarecer el por qué de la rápida desintegración del imperio español en América. Mucha atención, de parte de todos los historiadores, ha sido dedicada a los años 1808-1810 de la historia de España y a su influencia directa en los sucesos de América. Mucho menos, en cambio, ha sido dedicada a la influencia, deliberada o no, que tuvo el liberalismo español en la suerte de las posesiones de España. En algunos casos esa influencia fue decisiva, aunque no deliberada, como por ejemplo el caso del mismo motín de Riego, que impidió en la práctica la partida del ejército restaurador que se estaba organizando en la península. En otros casos, la política liberal del gobierno español precipitó procesos de independencia de signo contrario, como sucedió por ejemplo en México. Esa sorprendente circunstancia permitió que en ese país se estableciera un sistema político-administrativo que era en realidad continuación del régimen colonial. En la feliz expresión de Octavio Paz, se habría formado una sociedad de "pied noirs" no sólo en México, sino igualmente en muchas de las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Afianzada la independencia en el continente, los contrastes que durante las varias etapas de las guerras de la independencia se habían temporalmente resuelto, estallaron nuevamente con toda intensidad. Los bandos contrapuestos, divididos según los clásicos criterios de la historiografía tradicional, en liberales y conservadores, trataron de obtener el control de los nuevos Estados utilizando todos los medios posibles, incluso la fuerza. La lucha política degeneró a menudo en guerra civil, en la mayoría de los países americanos. El contraste político se presentó con diversas variantes locales, en la forma de conflictos costa-interior, república-monarquía, unión-federación, unión-secesión, etc., etc. La realidad es que era en pleno desarrollo un profundo proceso de reequilibrio de fuerzas sociales. La independencia, en poco más de una década, había transformado profundamente las relaciones de poder en la cúspide social de los países latinoamericanos. En Chile, la fracción liberal de los criollos, que se suponía representaba el sector más abierto de la sociedad a los cambios, prevaleció por un

breve período. La reacción militar-conservadora, cuya fuerza fundamental era el ejército del Sur, comandado por el general José Joaquín Prieto, derrotó rápidamente a las fuerzas "liberales". En estas últimas militaban algunos de los más destacados militares extranjeros que contribuyeron a formar el ejército libertador. El ejército "liberal" se asemejaba mucho, por su composición y mandos, al ejército que luchó en las últimas batallas de la guerra de la independencia. El ejército del Sur, en cambio, aunque nadie podría negar sus méritos en esas batallas, se asemejaba al viejo ejército de la Frontera. Y esto no sólo por la zona en la cual se encontraba acampado, Concepción y otras ciudades de la Frontera con la Araucanía, sino además por su estructura y sus mandos.

EL MODELO PORTALIANO

Con el establecimiento de la nueva institucionalidad republicana, que muchos historiadores han llamado "la república en forma" o el "modelo portaliano de Estado autoritario", los generales vencedores de la guerra civil, José Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, ocuparon sucesivamente la presidencia de la república por veinte años. Su elección fue determinada por la aristocracia conservadora, con un sistema electoral clasista y ultrarrestingido. Prieto y Bulnes, que gobernaron de 1831 a 1851, eran militares de carrera, que habían iniciado su actividad como oficiales del ejército del Reino de Chile.

Este período no se desarrolló sin ciertos sobresaltos para el gobierno conservador, debido a motines e insurrecciones protagonizadas por oficiales desafectos al régimen. Ninguno de estos planteamientos logró sus objetivos, salvo el asesinato del ministro de Guerra Diego Portales, en 1837. Un factor que influyó poderosamente en la derrota de las varias conjuras, fue el nivel numérico del ejército permanente. Este contaba con una media de tres mil efectivos, superados largamente por los casi veintidós mil elementos de la guardia cívica.

Ningún jefe insurrecto podía ni remotamente superar los elementos concertados de las tropas de línea leales y de las guardias cívicas, normalmente afectas al régimen.

El período iniciado con la llamada "república en forma" ha sido objeto de animados contrastes entre los historiadores de las varias tendencias. Según la corriente tradicional, se trata del triunfo del genio de Portales, quien logra, a pesar de su sacrificio o quizás en parte gracias a él, crear un modelo estable de república autoritaria. Ese modelo, se supone, puso a Chile a cubierto de la anarquía que desgraciadamente se enseñoreó en otros países americanos. Es un período de la historia de Chile exaltado por los gobernantes actuales, los cuales declaran reconocerse abiertamente y considerarse la continuación natural de ese proceso de restauración autoritaria. Las posiciones sociodescriptivas, en cambio, han generalmente considerado ese período como típico del que sucede a una guerra civil perdida completamente por uno de los bandos en lucha. Como se recordará, los jefes vencedores de esa guerra y de aquella contra la Confederación Perú-Boliviana, asumieron el mando de la nación, en cuanto se reconoció en ellos la

autoridad de los vencedores. Se abrió así un período en que la identidad gobierno-fuerzas armadas era casi total. No fue ciertamente una situación excepcional, pues es sabido que después de una guerra civil ganada por uno de los bandos en lucha, el gobierno que se instaura a continuación es normalmente dirigido, en su primera etapa, por los jefes militares vencedores. A esa situación sigue un lento proceso de traspaso del poder a los civiles, en una atmósfera de total identidad entre las fuerzas armadas y el gobierno.

Las posiciones crítico-salvacionistas se han interesado más en la personalidad de Portales, que en el rol jugado por las fuerzas armadas en ese período. En todo caso ese papel no era siempre determinante, debido al reducido nivel numérico del ejército y a la existencia de las milicias cívicas portalianas. La tendencia crítico-salvacionista ha tratado de recuperar, en todo caso, los elementos civilistas del ideario de Portales, que jugó siempre sus cartas en un amplio espectro político, buscando siempre un adecuado equilibrio entre el poder de los militares y el de los civiles. Será en la etapa sucesiva, caracterizada por la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839), por la guerra con España (1865-1866), por la ofensiva final contra los mapuches (1882) y por la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia (1879-1884), donde se consolidará un modelo de fuerzas armadas perfectamente integradas a la realidad nacional. Las victorias obtenidas en las diversas guerras consolidarán su prestigio. Las diferencias que habían subsistido entre sectores de las propias fuerzas armadas, como consecuencia de la guerra civil que culminó con la batalla de Lircay en 1830, habían sido canceladas. La integración entre sociedad y fuerzas armadas parecía haber llegado a su punto culminante. Algunos aspectos de esas victorias podían ser considerados discutibles, como por ejemplo el sometimiento por la fuerza del pueblo mapuche, que si bien daba al país su unidad territorial definitiva, coartaba los derechos de un pueblo del cual la historia oficial chilena decía siempre sentirse muy orgullosa. Este aspecto de la historia de ese período ha sido dura y justamente condenado por la posición crítico-salvacionista. También en Argentina en los últimos años se ha sometido a duro análisis la famosa "Campaña del Desierto", que concertadamente con la "Pacificación de la Araucanía" en Chile, determinaron la derrota definitiva del pueblo mapuche. Pero en ese período no se había desarrollado aún un espíritu crítico en la sociedad, y la derrota de los mapuches fue considerada, sea en Chile como en Argentina, una victoria militar y nacional.

También la Guerra del Pacífico ha sido objeto de críticas, no tanto por la conducción de las operaciones militares, que estratégicamente fueron en general acertadas, sino por algunos aspectos tácticos y sobre todo por las consecuencias posteriores de esa guerra en el campo económico. Es sabido que Chile contó en esa contienda con el apoyo más o menos abierto de la Gran Bretaña, que consideraba oportuna la incorporación de las salitreras al territorio chileno. Efectivamente, los capitales británicos tuvieron más fácil acceso a Chile y a sus nuevas riquezas una vez terminada la guerra, lo que determinó que la economía chilena se viera fuertemente condicionada, aún más de lo que ya lo estaba, a los intereses generales del imperio británico.

Otra consecuencia de la incorporación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta a Chile fue el desarrollo acelerado del proletariado en el norte de Chile, de sus organizaciones y partidos de clase. Igualmente, las riquezas salitreras y su posesión, determinaron el surgimiento de graves conflictos de intereses entre los industriales mineros, la mayoría empresas de capital inglés, y el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda, que preconizaba una política nacionalista en el campo económico. Ese conflicto tuvo graves consecuencias para Chile y para la unidad de las fuerzas armadas. El Congreso, contrario a Balmaceda, formó una Junta y depuso al presidente, contando con el apoyo de prácticamente toda la marina de guerra. El ejército, en cambio, permaneció mayoritariamente leal al presidente Balmaceda. Estalló, en consecuencia, una cruenta guerra civil, que dividió al país profundamente. El dominio del mar permitió a los sublevados conquistar el norte del país, con todas sus riquezas minerales y los medios económicos necesarios para una guerra prolongada. Un oficial alemán, Emilio Koerner, que había sido contratado por el gobierno de Balmaceda para reorganizar el ejército y mejorar su capacidad técnica, se puso al servicio de los sublevados. Su aporte fue decisivo en la organización del ejército anti-Balmaceda, en su equipamiento y en la conducción táctica de las batallas que determinaron la derrota de Balmaceda.

IDENTIDAD FFAA - GOBIERNO

Al término de la guerra civil, el presidente de la Junta Revolucionaria, capitán de navío Jorge Montt, fue nombrado presidente de la república y ascendido por ley al grado de vicealmirante. Cuando terminó su período presidencial en 1895, volvió al servicio activo de la marina de guerra como director general. Este hecho, al parecer sin mayor importancia, era en cambio revelador de la identidad que existía entre las fuerzas armadas y el gobierno que se instauró después de la guerra civil, particularmente con la marina de guerra. A reforzar esa identidad se unieron otros hechos, especialmente la conflictiva situación que se había generado con Argentina, por disputas limítrofes. La consecuencia fue una política armamentista que mejoró notablemente la capacidad técnica de las fuerzas armadas, especialmente de la marina de guerra. Esta rama de las fuerzas armadas acentuó aún más sus relaciones con la marina de guerra británica, que había sido siempre su modelo y de la cual había adoptado incluso su uniforme. Paralelamente, el ejército, bajo el influjo del ahora general Koerner y de la misión alemana, se prusianizaba casi totalmente. Se abandonó el modelo francés, que había sido su inspiración desde los orígenes de "la república en forma". El general Koerner se preocupó de la formación de los oficiales superiores del ejército chileno, para lo cual se creó la Academia de Guerra. El material bélico con el cual se dotó al ejército era fundamentalmente de origen alemán. Se introdujeron los nuevos modelos de fusil máuser, los cañones Krupp, los uniformes, los cascos e incluso la música militar alemanes. Fueron adoptados los reglamentos del ejército alemán, los cuales, a pesar de su rigidez, eran más humanos que los hasta ese momento en vigor, copiados al ejército francés del período de Luis Felipe.

La doctrina misma de las fuerzas armadas fue profundamente influida por los conceptos en boga en Europa sobre seguridad nacional. Según esa doctrina, las fuerzas armadas debían ser organizadas y distribuidas en función de las hipótesis de guerra con los países vecinos. La aplicación de esas teorías determinó una fuerte concentración militar en el norte del país, para hacer frente a un posible nuevo conflicto con Perú y Bolivia. Con el tiempo esa dislocación de unidades militares se demostró más útil a los gobiernos para enfrentar con medios represivos las reivindicaciones de los trabajadores de la zona, que para hacer frente a una guerra internacional. En la zona sur del país fueron destacadas tropas de caballería, como resabio del ejército de la frontera con la Araucanía y por la eventualidad de nuevos brotes insurreccionales de los mapuches. En el centro del país se concentraron fuertes unidades que podían ser trasladadas a cualquier parte del territorio en caso de necesidad. Se crearon en esa zona unidades de instrucción para las diferentes armas del ejército y se organizaron regimientos de montaña para hacer frente a una hipótesis de guerra con Argentina.

Particular importancia adquirió la marina después de la guerra civil de 1891. Los conflictos de 1879 y 1891 habían demostrado que el dominio del mar era vital para la defensa del territorio nacional, sea en hipótesis de guerra en el Pacífico, sea en el extremo sur. La política de incremento del poder naval adquirió un gran impulso, en parte gracias a la situación privilegiada de la marina durante la presidencia del vicealmirante Jorge Montt, que como se recordará, ocupó el cargo de director general de la armada después de terminado su período presidencial. La guerra civil de 1891, que había visto el enfrentamiento institucional de la armada y del ejército en ese conflicto, tuvo consecuencias duraderas en las relaciones entre esas dos ramas de la defensa nacional. Además, el desarrollo del proletariado y de sus organizaciones llevó a conflictos sociales reivindicativos que fueron normalmente enfrentados por los gobiernos de la época con un criterio militar represivo. El ejército fue profusamente empleado en esas tareas "sucias", que en muchas ocasiones constituyeron verdaderas masacres de gente inermes. Estas circunstancias comenzaron a minar seriamente el respeto que el pueblo había sentido siempre por el ejército.

La marina, en cambio, no fue empleada directamente en ese tipo de operaciones, y cuando eso ocurrió, durante la huelga de los gremios marítimos de Valparaíso en 1903, la armada influyó activamente en la solución pacífica del conflicto, participando en la junta de conciliación que se formó al efecto. Como lógica reacción a esta situación, comenzaron a organizarse en el ejército sociedades semisecretas, que perseguían reivindicaciones profesionales, institucionales e incluso políticas. En 1907 se creó la "Liga Militar", que a pesar de perseguir originariamente solo finalidades profesionales, se mezcló en 1912 a una conspiración militar contra el gobierno. En 1919 se organizó la llamada "Sociedad del Ejército de Regeneración", que trató de impulsar una política de reformas sociales, en grado de prevenir las huelgas y de impedir el acceso al poder de los "bolcheviques". Al mismo tiempo se había difundido en el ejército un cierto

malestar por el uso represivo que se hacía de la institución contra el propio pueblo chileno. A todos estos hechos se agregaron decisiones político-militares discutibles e inoportunas, como la movilización del ejército al norte en 1920 frente a un posible conflicto con Perú y Bolivia. Esa medida, que creó a las tropas inútiles sufrimientos e incomodidades, fue en realidad adoptada para alejar de Santiago la guarnición militar, que era considerada insegura para secundar los planes de la oligarquía de desconocer la elección del candidato liberal Arturo Alessandri a la presidencia de la república. La ironía popular llamó a ese acontecimiento la "guerra de don Ladislao", por el ministro de la Guerra de entonces, Ladislao Errázuriz. La situación de todas las fuerzas armadas se agravó económicamente, y del punto de vista profesional, por la extremada lentitud de los ascensos.

Se comprenderá que todos estos hechos, tomados en conjunto, comenzaron a minar seriamente la identidad que había existido en los últimos años entre gobierno y fuerzas armadas. Estas últimas comenzaron a tomar conciencia de sus propios intereses, cada vez menos coincidentes con los de los gobiernos de turno. Esta nueva fase de la evolución de las fuerzas armadas, que podríamos llamar "populistas", se manifestará abiertamente con el pronunciamiento militar de la joven oficialidad del ejército en 1924.

JUNTAS Y GOBIERNOS EFIMEROS

Un complejo de circunstancias, internas y externas al ejército, determinaron la intervención directa de los militares en la vida política del país. No fueron los altos mandos a comprometerse inicialmente en ese proceso, sino los oficiales jóvenes de la guarnición de Santiago. El detonador de esa intervención fue el proyecto de dieta parlamentaria en discusión en el Congreso. Grupos de oficiales asistieron a las tribunas abiertas al público, donde manifestaron ruidosamente su desaprobación a un proyecto que se consideraba inocuo, en un momento que las arcas fiscales estaban exhaustas. Los acontecimientos se agravaron en las horas sucesivas, determinando la caída del gabinete y después la renuncia del presidente Alessandri, convertida en permiso constitucional por un Congreso que tenía en realidad las horas contadas. Se inició así un período de juntas y gobiernos efímeros, hasta que en 1927 fue elegido presidente el coronel Carlos Ibáñez, eminencia gris de esos años turbulentos.

Los problemas derivados de la crisis económica, unidos a los errores de un gobierno con el cual las fuerzas armadas, especialmente el ejército, se habían comprometido estrechamente, determinaron su caída en 1931, después de una serie de disturbios y manifestaciones de plaza. Se abrió un nuevo período de juntas y gobiernos efímeros, caracterizados por una fuerte intervención militar, a menudo caótica y de signos opuestos. En 1931 se produjo la sublevación de la marinería, reducida por las otras ramas de las fuerzas armadas y por grupos de oficiales de la armada. En 1932, los regimientos de Santiago impusieron el 4 de septiembre de 1932 una junta civico-militar, que proclamó la república socialista. Pocos días después, el 16, esos mismos regimientos determinaron su caída. Las elecciones de

1932 fueron ganadas por Arturo Alessandri, el mismo presidente que había tenido que renunciar en 1924. Parecía que un ciclo llegaba a su fin, y para garantizarse la tranquilidad de las fuerzas armadas, el gobierno creó un cuerpo de "milicias republicanas", fuerte de 50.000 hombres organizados en regimientos a lo largo de todo el país. Se volvía así al viejo modelo de las "guardias cívicas", que tan eficaz había sido al inicio de la república para contener los intentos revolucionarios de los militares liberales. Esas milicias, constituidas por elementos de la burguesía o en todo caso conservadores, aseguraron, juntamente con el cuerpo de carabineros creado en 1927, la permanencia de Alessandri en el poder y la represión violenta de las huelgas. Superado el riesgo de nuevos pronunciamientos militares, las milicias se disolvieron en 1936.

LA ESTRATEGIA DEL PENTAGONO

El triunfo del Frente Popular en 1938 provocó un nuevo intento de golpe militar, que abortó gracias a su desorganización y a los pocos seguidores que encontró en el ejército su cabecilla, el general Ariosto Herrera. Los años de la segunda guerra pasaron sin mayores sobresaltos, pero la guerra fría que la siguió influyó poderosamente en la nueva orientación de las fuerzas armadas. El "panamericanismo" impuso en toda América Latina una nueva política y una nueva estrategia: la del gobierno y de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. En primer lugar, la estructura y el equipamiento de las fuerzas armadas latinoamericanas se modelaron según los criterios de las de los Estados Unidos. Muchos oficiales y suboficiales latinoamericanos comenzaron a seguir cursos en institutos militares norteamericanos. La estrategia del pentágono asignó a las fuerzas armadas latinoamericanas un rol de superpolicía, destinadas a garantizar la seguridad interna de sus propios países, amenazados, según la doctrina imperante, por la subversión. En consecuencia, se estimaba que las fuerzas armadas latinoamericanas necesitaban sólo material de guerra apropiado para la lucha contra la guerrilla urbana o rural, y además el necesario para el adiestramiento.

Esta orientación fue aplicada integralmente en Chile y en casi toda América Latina, gracias a un complejo de tratados multilaterales y bilaterales, que permitían obtener en forma de préstamos o a bajos precios, material bélico de la segunda guerra o incluso más moderno, pero tecnológicamente superado. Esta situación, que al inicio de la aplicación de los tratados de ayuda militar pareció muy conveniente a las fuerzas armadas, progresivamente se demostró como una grave limitación a los deseos de progreso técnico y profesional de las fuerzas armadas, las cuales hicieron presión sobre los gobiernos para buscar fuentes adicionales de equipamiento militar.

Mientras tanto, un cierto repunte de las posiciones "populistas" se verificó durante el segundo gobierno del general Ibáñez, 1952-1958, cuando sectores de la oficialidad joven trataron de crear un movimiento de masas en apoyo al gobierno, similar al peronismo argentino. Ya antes del triunfo de Ibáñez se había organizado

una sociedad militar sernisecreta, el PUMA, "Por un mañana auspicioso", de apoyo al general Ibáñez, que contó con muchas adhesiones entre los oficiales del ejército. Sucesivamente, ya durante el gobierno, una nueva sociedad se creó en el ejército para cuidar que la orientación del régimen fuera la que esos oficiales consideraban la correcta, la "Línea Recta". Desautorizada por el mismo Ibáñez, esa asociación terminó en la justicia militar, costando la carrera a diversos oficiales. Con la "Línea Recta" se puede decir que el populismo murió definitivamente en las fuerzas armadas chilenas. La tendencia vencedora, caracterizada por su acatamiento a los gobiernos civiles sucesivos, logró romper con el círculo vicioso de los abastecimientos militares de una sola fuente, los Estados Unidos. Los años sesenta vieron la llegada de los primeros destructores construidos especialmente para Chile en más de treinta años, el Williams y el Riveros, y el arribo de los aviones Hawker Hunter para la aviación. Todo este material era de proveniencia inglesa, y satisfacía en parte las aspiraciones de mejoramiento técnico de las fuerzas armadas.

GOLPISMO VERSUS DOCTRINA SCHNEIDER

En las postrimerías del gobierno de Eduardo Frei, presidente que había tenido dificultades con la marina de guerra por la política a seguir con la aviación naval y la eventual compra de un portaviones, se desarrolló en el ejército una posición que sus mismos sostenedores llamaron "gremialista". Esta tendencia provocó lo que algunos consideraron la "primera huelga militar" de la historia de Chile, y otros el inicio de un nuevo período deliberativo en las fuerzas armadas. Nos referimos al llamado "tacnazo" del 21 de octubre de 1969, episodio en el cual el general Roberto Viaux se acuarteló en el Regimiento Tacna de Santiago, formulando al gobierno una serie de planteamientos profesionales. El problema se resolvió con la salida de Viaux y de otros generales de las filas del ejército, y con un mejoramiento económico general para las fuerzas armadas.

Una consecuencia positiva de esos sucesos fue la promoción al vértice del ejército de un grupo de generales que acataban la llamada "doctrina Schneider", proclamada por el nuevo comandante en jefe del ejércitos, general René Schneider. Ella consistía esencialmente en dar a las fuerzas armadas un rol de garantía del respeto de las decisiones del pueblo y de sus gobernantes válidamente electos. La victoria de Salvador Allende en 1970 puso a dura prueba esa doctrina, tanto que el mismo general Schneider fue asesinado por un comando que quería a toda costa impedir el acceso de Allende al poder. En ese complot fallido estaban comprometidos, como se demostró después, numerosos altos oficiales de las fuerzas armadas y carabineros, además de su inspirador, el general (r) Roberto Viaux. Los hechos demostraron que el gremialismo de Viaux se había transformado en aventurerismo golpista y estímulo a las tendencias más regresivas dentro de las fuerzas armadas. Desgraciadamente esas fueron las posiciones que en los años siguientes se impusieron dentro de las fuerzas armadas chilenas, a pesar de la resistencia y del sacrificio de muchos oficiales, soldados y marineros respetuosos de las instituciones y de la voluntad democrática del pueblo de Chile. El golpe del 11 de septiembre de 1973 selló el fin de un ciclo de las instituciones

armadas chilenas. Para las posiciones hagiográficas significó la restauración de valores perdidos o amenazados por la democracia que Chile se había construido trabajosamente en tantos años de esfuerzos y duros sacrificios.

UNA SOCIEDAD MILITARIZADA

La sociedad chilena, a partir de 1973, se militarizó en forma increíble. Las fuerzas armadas pasaron a controlar todo el aparato del Estado, directamente o a través de civiles de su confianza. Aumentaron notablemente el gasto público en el sector defensa. Todas las ramas de las fuerzas armadas se desarrollaron numérica y técnicamente. El servicio militar se aumentó de uno a dos años. Se reforzaron febrilmente los extremos norte y sur del país con nuevas unidades de medios bélicos, de acuerdo con hipótesis de guerra que, por lo menos en un caso, con Argentina, estuvo a punto de estallar. Además, en parte por razones de necesaria autarquía, y en parte por las limitaciones que el gobierno del presidente Carter había impuesto a las ventas de material militar a Chile, las fuerzas armadas desarrollaron y continúan desarrollando una industria bélica de una cierta importancia. Las instalaciones son en parte del Estado y en parte de propiedad de industriales privados. Es así como actualmente en Chile se fabrican toda clase de municiones y explosivos, armas ligeras y algunos tipos de armas pesadas, vehículos blindados, aviones de adiestramiento y ataque, embarcaciones de tonelaje medio y otros elementos de combate y transporte. Las maestranzas de ejército, de la aviación y de la armada están en condiciones de ocuparse completamente de la mantención, reacondicionamiento e incluso modernización de casi cualquier tipo de vehículo, avión o nave actualmente en uso en las fuerzas armadas.

Dadas las dimensiones del complejo militar chileno, y al hecho que buena parte de la actividad productiva bélica está en manos de las mismas fuerzas armadas, no es posible hablar, en los términos de la famosa frase del presidente Eisenhower, de la existencia de un verdadero "complejo militar-industrial" en Chile. Pero es igualmente cierto que los militares ejercen una influencia notable en todos los aspectos de la vida política, económica y social del país.

El futuro político de Chile, aún después de eliminada la actual constitución que concede a los militares una especie de tución formal sobre el gobierno, no podrá constituirse sin el concurso de las fuerzas armadas. No es imposible un compromiso entre las posiciones hagiográfica y crítico-salvacionista, porque ambas reconocen la importancia y el papel que las fuerzas armadas pueden jugar en un país que todavía busca su verdadera independencia. Es la única vía para salir todos juntos de la oscura noche en la cual la incomprensión precipitó a toda la sociedad chilena.